



TRADICIONES PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes
.....


16 páginas de folletín
de cada una de las obras:

Políticos del Carlismo
Victorias carlistas
Florangel (2.^a parte)
.....

Regalos a los suscriptores
Un año. . . 8 pesetas
(Pago adelantado)
.....

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista
Aragón, 252
BARCELONA

Toulet



Barcelona 1.º Julio 1913

Cuaderno 19.— 20 Cts.

● ● PASATIEMPOS ● ●

Los verdaderos amigos

Un padre cariñoso refirió un día a sus hijos el cuento siguiente:

«El Gobernador de una grande y remota isla recibió una vez orden del Rey, su legítimo señor, de comparecer a su presencia a dar cuenta de su conducta.

Después de hacer los preparativos de viaje, se embarcó para su patria. Sus amigos, por quienes él había tenido mayor predilección, le vieron partir indiferentes; otros que le habían hecho mil protestas de cariño, le acompañaron hasta la orilla del mar; pero algunos, en los que apenas se había fijado y de los que jamás hubiera creído recibir tan grande obsequio, le acompañaron en su larga travesía, llegaron con él hasta las gradas del trono, y allí tomaron su defensa, alcanzando para él la gracia de su soberano.

En este gobernador, hijos míos, veis a todos los hombres: como él, cada hombre tiene tres especies de amigos, cuyo verdadero valor no conoce hasta el momento en que va a comparecer ante el tribunal de Dios para dar cuenta de las acciones de su vida.

Los primeros son sus riquezas, empleos y honores, que le abandonan a la hora de su muerte, para pasar tranquilamente a manos de otros.

Los segundos son sus parientes y personas de su cariño, cuyas lágrimas le acompañan hasta el sepulcro.

Los terceros son sus buenas obras. Estas le siguen en su viaje a la eternidad, abogan por él ante el trono del Altísimo y le alcanzan perdón y misericordia.

¡Que estos últimos, hijos míos, formen el mayor número de vuestros amigos, y así viviréis y moriréis tranquilos!»

Anécdota

Un médico muy hábil llamado por el rey de Persia, preguntó al llegar a la ciudad cómo se vivía allí, qué costumbres había en la comida.

—Aquí no se come—le dijeron—más que cuando se tiene necesidad y aun esta necesidad se satisface prudente y discretamente.

—En ese caso—dijo el médico—no estaré yo mucho tiempo aquí, porque un médico no tiene nada que hacer donde se vive de esta manera.

Misceláneas

Preguntaron a un malagueño si había estado en América, y el andaluz contestó:

—Casi, casi.

—¡Cómo casi, casi!

—Sí: he estado en la Coruña, y América está enfrente.

Se formó en Madrid una compañía dramática para un teatro de Cuenca; la compañía era bastante mala.

El primer actor le pregunta a un conocido autor dramático en un café:

—Diga usted, don Fulano, ¿con qué le parece a usted que hagamos nuestra entrada en Cuenca?

Y el autor le contestó a renglón seguido:

—Con trabuco.

En un colegio de señoritas hacen bordar a todas las alumnas zapatillas para sus padres.

Días atrás decía una de ellas a una amiga suya, hija de un veterano inválido:

—¡Qué suerte la tuya!

—¿Por qué?

—¡Porque tu padre no tiene más que una pierna!

República Año 1957



LIX

Los señores de Zaforteza

Descendiente de antigua y noble familia balear, nació *Don José Quint Zaforteza y Togores* en Palma de Mallorca el año 1821.

Ingresó, joven todavía, en la Real Maestranza de Caballería de Valencia; en 1856 fué nombrado Consejero provincial de Baleares, cuyo sueldo lo repartió entre los institutos benéficos de su país; en 1857 fué elegido Diputado a Cortes por Manacor; después fué ilustrado colaborador del semanario titulado *La Palma* y del almanaque del *Diario de Palma*.

Por aquella época vióse honrado el señor de Zaforteza con los títulos de individuo de la Sociedad de Amigos del País, de Palma de Mallorca, de Académico de la de Ciencias y Letras, de aquella ciudad, de Consiliario decano de la Academia de Bellas Artes y Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paül.

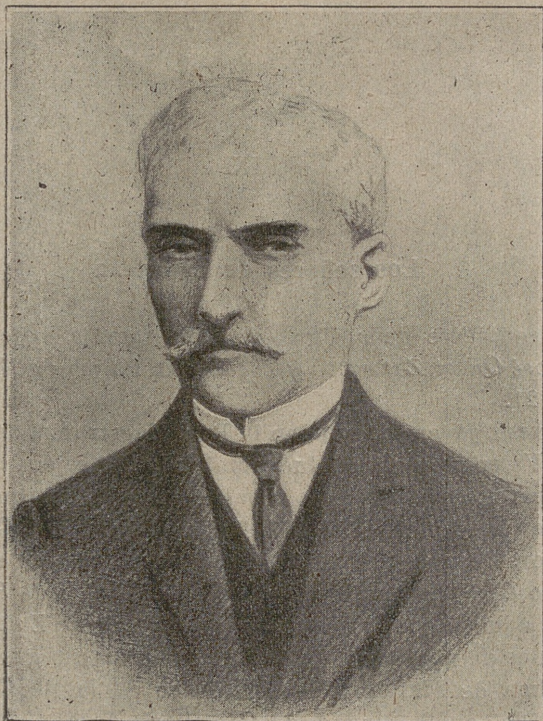
Cuando fué destronada Doña Isabel II, el señor de Zaforteza militó desde luego en el Carlismo; fué elegido Diputado a Cortes por el Distrito de Manacor en 1871; vió confiscados sus bienes en 1874, y al año siguiente hubo de pasar a Valencia, desterrado, por su adhesión a la Causa Católico-Monárquica.

Después de la última guerra civil trabajó incansable por la reorganización del Carlismo balear, y falleció cristianamente el día 20 de Mayo de 1880.

Su hijo *D. Joaquín Zaforteza y Crespi de Valldaura* ingresó en el Ejército carlista del Norte el día 18 de Marzo

R1015

R. 1830



Ilmo. Sr. D. José Quint Zaforteza y Togores

Diputado a Cortes de 1871 a 1873

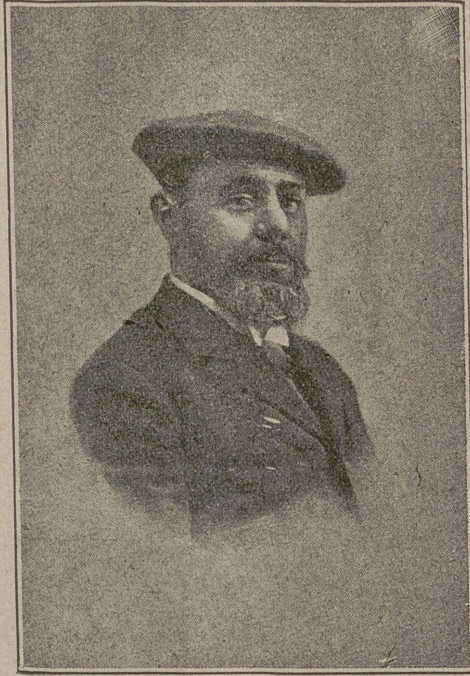
de 1873; fué Ayudante de Campo del General Elío; sirvió después en el Escuadrón-Escolta de Don Carlos de Borbón, y en el Regimiento de Caballería del Cid, 1.º de Castilla, llegando a obtener el empleo de Teniente Coronel, y se batió en los combates de Oñate, Betelú, Peña-Plata, Azpeitia, Miranda, Lacunza, Lecumberri, Estella, Montejurra, Velabieta, Irurzún, Puente la Reina, Cirauqui, Lizárraga, San Adrián, Ibero y Viana. Ganó en campaña la Cruz Roja de la Real Or-



Sr. D. Joaquín Zaforteza y Crespi
de Valldaura

den del Mérito Militar y las Medallas de Montejurra, Somorrostro y Carlos VII; después de la última guerra carlista se distinguió en el terreno literario, escribiendo tanto en verso como en prosa, en algunas revistas palmesanas.

D. José Q. Zaforteza y Crespi de Valldaura (hermano del anterior) también militó en el Ejército carlista del Norte durante la última guerra civil; entró en campaña, como Caballero Cadete del Regimiento de Caballería del Rey, 1.º de Navarra; por méritos contraídos en el ataque y sorpresa de Calahorra ascendió a Alférez, pasando al poco tiempo a la División de Castilla, como Oficial de órdenes del General Mogrovejo; por los combates de Urnieta y Hernani fué agraciado con la Cruz Roja de 1.ª clase de la Real Orden del Mérito Militar, y en 30 de Marzo de 1875 con la Medalla de Carlos VII. Agregado luego al Estado Mayor de la Comandancia



Sr. D. José Zaforteza y Crespi
de Valldaura

General carlista de Álava, asistió a las órdenes de Su Alteza el Príncipe y General Conde de Caserta a las acciones de Abril y Mayo delante de Vitoria, y al ataque de Villarreal; se distinguió en la batalla de Zumelzu, o de Treviño, como Ayudante de Campo del Brigadier carlista D. Carlos Calderón, y fué ascendido a Teniente por las últimas operaciones de la guerra, en Febrero del año 1876. En cuantos terrenos lo ordenó Don Carlos, trabajó activo y entusiasta; cuando en reñidísima lucha electoral contra todos los elementos liberales tuvieron los carlistas mallorquines que señalar un can-



Sr. D. Mariano Zaforteza
y Crespi de Valldaura

didato para Diputado provincial en el Distrito de Palma, él se presentó gustoso; como también dió su nombre, actividad y celo incomparables en las elecciones para Diputados a Cortes de hace ya catorce años, en los que si por funesta aberración de los carlistas de algún pueblo hubo de sufrir por pocos votos una inesperada derrota, no por eso dejó de sumar su candidatura la respetable y omnímada voluntad de dieciséis mil electores, patente prueba de sus generales simpatías, así como su cargo de Presidente del Real Club de Regatas de Palma de Mallorca.

D. Mariano Zaforteza y Crespi de Valldaura es actualmente el Jefe Regional de los jaimistas de las Islas Baleares. Ha sido jefe de la Minoría carlista en el Ayuntamiento de Palma de Mallorca y Director de *La Tradición*; así en las luchas electorales como en los trabajos periodísticos ha demostrado constantemente su entusiasmo por la Causa Católico-Monárquica; se ha distinguido notablemente como escritor y propagandista de los ideales tradicionalistas en todos los terrenos, y como hábil organizador de los valiosos elementos con



Sr. D. José Zaforteza y Musoles

que siempre ha contado la Causa Católico-Monárquica en las Islas Baleares. Tiene fama de ser un experto tirador, y de servir aun más para empuñar el florete y conquistar lauros en una sala de armas.

Su carácter festivo le conquista grandes simpatías en la vida social, y de su adhesión al heroico caudillo de los tradicionalistas baste decir que no desmiente su raza, que es digno de su apellido y de las nobles tradiciones de su ilustre familia.

Por *El Correo Español* de 15 de Noviembre de 1911 tuvimos el gusto de enterarnos de los justos elogios que *El Correo de Mallorca* había dedicado a la ilustre señora *Doña Catalina Zaforteza*, linajuda dama de la distinguida sociedad mallorquina, de entusiasmos siempre crecientes por los venerados ideales encarnados en la bandera de *Dios, Patria y Rey*, por los cuales y con la dignidad, valentía y sacrificio de una heroína, viene interesándose, haciéndose por ello merecedora del aplauso de todos los católicos, en general, y, en particu-

lar, del de los tradicionalistas, digno ejemplo, y motivo de emulación y estímulo, de las damas jaimistas.

Don Mateo Zaforteza y Crespi de Valldaura ingresó hace ya bastantes años en la Real Maestranza de Caballería de Valencia.

Don José Zaforteza y Musoles es Presidente de la *Juventud Tradicionalista* de Palma de Mallorca.

ADICIÓN

Al final del prólogo de nuestra obra titulada *Príncipe heroico y soldados leales*, decíamos lo siguiente:

»Con estas cinco primeras obras nuestras nos proponemos queden publicados, próximamente, más de quinientos retratos y biografías de otros tantos tradicionalistas, distinguidos los unos en la acción militar y los otros en la social, en las campañas políticas de distintos órdenes. Aun nos quedan en cartera bastantes más datos de este género para otra obra que podríamos dar a luz después de publicados los libros que dedicamos al recuerdo y crítica militar de las más notables operaciones de guerra que tuvieron lugar en las tres campañas carlistas. Si algún aficionado a pasatiempos de este género tiene gusto en contribuir a la mayor ampliación posible de la especie del archivo de retratos y datos biográficos que vienen a constituir los libros cuyos índices acabamos de insertar aquí, puede avisarlo a nuestro querido amigo el Director de *La Bandera Regional*, Don Juan María Roma, y, por nuestra parte, nos complaceremos mucho en aceptar su colaboración, para que resulte así más completa la sexta obra de biografías y retratos, ya que tanto parece agradar tal clase de publicaciones a la ilustrada Comunidad Católica-Monárquica.»

Respondiendo dos señores oficiales (a quienes sentimos mucho no tener el gusto de conocer personalmente) a la anterior invitación nuestra, han tenido la amabilidad de propor-



Sr. D. Fernando de Oráa
y de Cologan

cionarnos los retratos de los dos difuntos tradicionalistas que nos complacemos en publicar en esta *Adición*, sintiendo mucho no poder dar de ellos otros datos que los que a continuación se expresan:

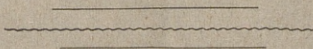
Don Fernando de Oráa y de Cologan era el hijo menor del Muy Ilustre Señor Don Manuel de Oráa y Arcocha, Caballero del Hábito de Santiago, cuyo retrato publicamos ya en la página 197 de nuestra obra *Príncipe heroico y soldados leales*. Este joven oficial D. Fernando hizo brillantemente toda

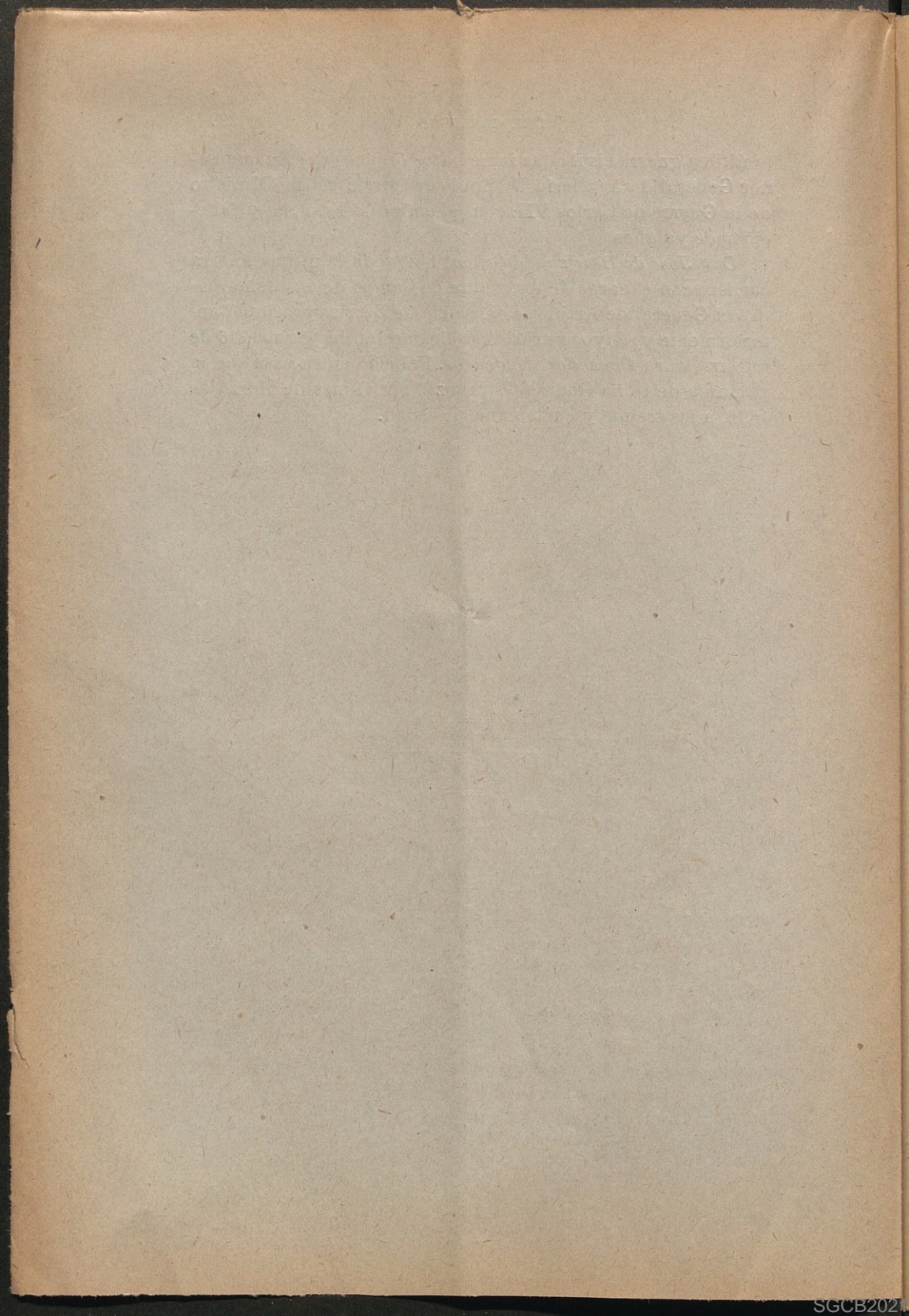


Sr. D. José de Berriz y de Ochoa

la última guerra civil a las inmediatas órdenes del Excmo. señor General de Artillería D. Elicio de Berriz, último Ministro de la Guerra de Carlos VII; con él emigró a Francia, y falleció hace ya años.

Don José de Berriz y de Ochoa, hizo toda la última guerra carlista con el cargo de Ayudante de Campo de su señor padre el General de Artillería D. Elicio de Berriz, ya citado anteriormente y cuyo retrato publicamos en la página 146 de nuestra obra *Cruzados Modernos*. Falleció en su casa de la Almunia de Doña Godino (Zaragoza) por el mes de Marzo de 1892, a los treinta y cuatro años de edad.





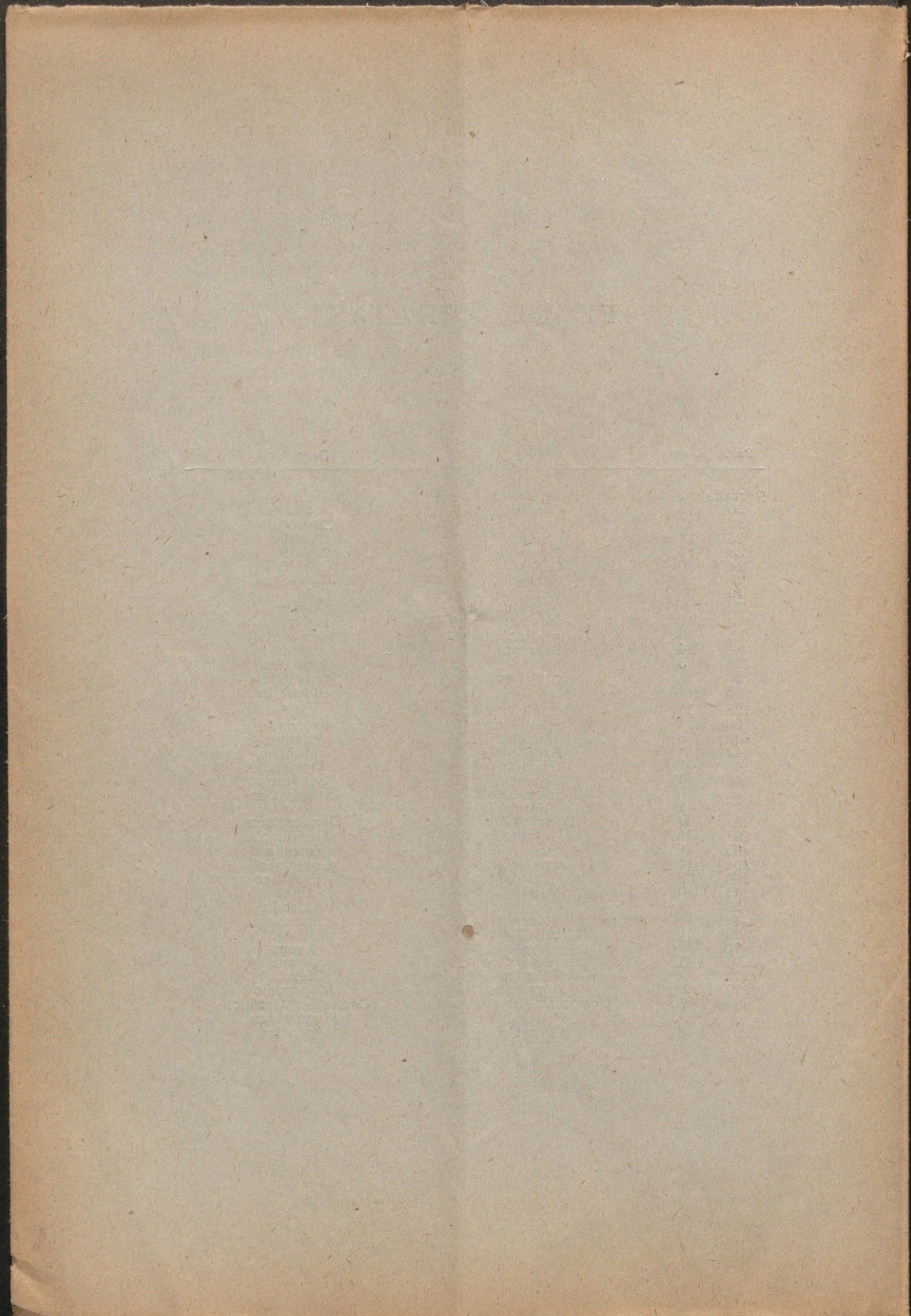
ÍNDICE

Capítulos	Págs.
Al lector.	7
I.—El Marqués de Cerralbo y su hermano el Conde de Casa-Sola.	23
II.—Los Condes de Orgaz D. Joaquín y don Agustín Crespi de Valldaura.	35
III.—Don Antonio Aparisi y Guijarro.	39
IV.—Don Francisco Tadeo Calomarde.	51
V.—Don Francisco Martín Melgar.	57
VI.—Don José María de Villavicencio.	60
VII.—Don Matías Barrio y Mier.	63
VIII.—Don Gabino Tejado.	70
IX.—Don Tirso de Olazabal.	74
X.—El Conde de Montenegro.	77
XI.—Don Vicente de Manterola.	79
XII.—Don Pablo y D. Salvador Morales.	84
XIII.—El Conde de Fuentes.	90
XIV.—El Marqués de San Martín, Conde de Ro- dezno, y sus hijos D. Tomás y D. José Domínguez Arévalo.	93
XV.—Don Juan Vázquez de Mella.	99
XVI.—Don Luis María de Llauder.	105
XVII.—El Duque de Solferino, sus hijos y su tío don Rafael de Llanza.	108
XVIII.—Don Manuel y D. Florentino Polo y Pey- rolón.	112
XIX.—Don Francisco y D. Ciriaco Navarro Vi- lloslada.	117
XX.—Don Cruz Ochoa.	120
XXI.—Don Guillermo Estrada.	125
XXII.—Don Manuel de Bofarull y sus hijos don José y D. Manuel de Bofarull y Romañá.	129
XXIII.—Los Condes de Sol y D. León Carbonero Sol y Merás.	132
XXIV.—El anterior Marqués de Villadarias, su hermano D. Diego Fernández de Henes- trosa, su hijo el actual Marqués de Villa- darias y su sobrino D. José Fernández de Henestrosa.	142
XXV.—Los historiadores carlistas Barón de Rha-	

Capítulos	Págs
	den, Generales Zaratiegui y Brea y Comandante D. Francisco Hernando.. . . . 152
XXVI.—Don Manuel de Saavedra, sus hermanos políticos el anterior Marqués de Bellet de Mianes y D. Miguel C no y su sobrino el actual Marqués de Bellet de Mianes.	165
XXVII.—Don Miguel de Dorronsoro y sus hijos.	175
XXVIII.—El Conde de Doña Marina y su hijo.	182
XXIX.—El Marqués de Castrillo.	190
XXX.—Don Miguel y D. Julián de Otal.	195
XXXI.—El Conde del Pinar.	200
XXXII.—Los señores de Ortiz de Zárate.	204
XXXIII.—El Conde de Roche.	208
XXXIV.—Don Antonio de Vildósola.	211
XXXV.—Don José Dalmau.	215
XXXVI.—Don Félix Díaz Aguado y su hijo D. Rafael Díaz Aguado y Salaberry.	218
XXXVII.—Los señores de Sureda.	223
XXXVIII.—Don Juan Vidal de Llobatera.	226
XXXIX.—Don Celestino de Alcocer.	230
XL.—Don Benigno Bolaños.	233
XLI.—Don Pedro Llosas.	236
XLII.—Don Luis de Trelles.	238
XLIII.—Don Manuel Simó.	241
XLIV.—Don Benigno de Rezusta.	244
XLV.—Don Bienvenido y Don Pascual Comín.	247
XLVI.—El Barón de Albi.	252
XLVII.—Los Marqueses de Valdeflores.	255
XLVIII.—Don Cesáreo Sanz y López.	257
XLIX.—El Conde del Castillo de Piñeyro.	259
L.—Don Rodrigo de Varona.	262
LI.—Don Francisco de Paula Oller.	264
LII.—Don Salvador Elío, su nieto y sus sobrinos los Marqueses de Vessolla y de las Hormazas.	267
LIII.—Don José Erasmo de Janer y su hijo político Don Dalmacio Iglesias.	272
LIV.—El Marqués de la Roca y su sobrino el Conde de Belascoain, Marqués de la Roca.	275
LV.—Don José Roca y Ponsa.	278
LVI.—Don Juan Luis Martín Mengod.	282
LVII.—Don José de España.	285
LVIII.—Don Ramón de Valls.	287
LIX.—Los señores de Zaforteza.	289
LX.—Adición.	296

FÉ DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
Portada	1	B. de Artagán	B. de Artagan
20	13	Castellón	Castellvi
23	2	Casasola	Casa-Sola
23	13	Seltes	Yeltes
23	14	Casasola	Casa-Sola
24	20	Casasola	Casa-Sola
27	26	Casasola	Casa-Sola
49	9 y 10	Cuidarse	Cuidadoso
72	8	Camín	Comin
74	10	provincial	provisional
85	33	provincial	provisional
87	24	Barrante	Barraute
123	3	y 1883	y en 1883
126	2	provisional	provincial
126	13	empatada	empatado
128	15	Mr.	M. ^z
129	21	premiada	premiado
143	8	Muzquir	Muzquiz
143	8	Artuñano	Antuñano
145	4	Gamera	Gomera
146	24	Sequeras	Sequeros
146	30	distinguiéndose	distinguióse
177	3	de	por
191	9	Daucharinea	Dancharinea
191	18	Metanten	Metauten
193	10	Granada	Granda
201	13	provincial	provisional
210	29	hasta a costear	hasta llegó a costear
233	20	1911	1909
239	1	Alcabán	Alcabón
243	15	sierra	sierva
269	10	caballero	caballeroso
270	5	Ayauz	Ayanz
271	1	Ayauz	Ayanz
272	24	Olozabal	Olázabal
277	3 y 4	Mogronejo	Mogrovejo
284	7	Comunión Monárquica	Comunión Católico- Monárquica
297	6	Arcacha	Arcocha





Excmo. Sr. D. Joaquín Elío,
General Carlista

» Los sitiados se vieron reducidos a encerrarse en el Alcázar.

» Ya en Segovia, publicó Zaratiegui una proclama que evidenciaba su contento y entusiasmo.

»Entre los efectos cogidos a la entrada de la ciudad, había una pieza de artillería de a doce, de hierro, y otra de a cuatro, de bronce. La primera no se podía transportar fácilmente, pero la segunda se llevó en seguida a una altura fuera de la plaza, y se colocó contra el Alcázar.

»A pesar de ser tan débil este auxilio contra semejante edificio, se quería intimidar, y surtió este ardid el mejor efecto. La pronta rendición interesaba a los carlistas, pues a poco que se retrasara, podría acudir Méndez-Vigo y aun fuerzas de Madrid en su socorro, y en este caso la posición de Zaratigui era apurada. No calcularon esto sin duda los liberales, y si lo hicieron, procedieron con demasiada lentitud o torpeza.

»El brigadier Iturbe comenzó a ajustar el concierto, y a la noche ya estaba arreglada la capitulación con los del Alcázar, a quienes se señaló la mañana próxima para su entrega, que se verificó cumpliéndose aquella por ambas partes con la más escrupulosa religiosidad.

»Se apresuró el general carlista a expedir los pasaportes a los prisioneros, cuya mayor parte le pidieron para Madrid, y aquella multitud de personas de diferentes clases militares, empleados y paisanos, juntamente con el colegio de artillería en el cual había más de doscientos jóvenes de todas edades, fueron a anunciar personalmente la conquista de Segovia.

»Se presentaron a la vista de la plaza las avanzadas del general isabelino Méndez-Vigo. Inmediatamente salieron a reconocer el campo; pero al saber el jefe liberal la entrega del Alcázar, se replegó a Santa María de Nieva, desde donde al siguiente día tomó la dirección de Guadarrama, para unirse con los generales Azpiraz y Puig Samper, que con sus tropas se habían colocado sobre los caminos reales del Escorial y San Ildefonso, cubriendo a Madrid

»En los días que los carlistas ocuparon a Segovia, se batió allí moneda con el nombre de Don Carlos »



Excmo. Sr. Conde de Negri,

General Carlista

En nuestro folleto *Heroísmo Carlista*, página 19, dijimos que los carlistas se apoderaron en Segovia de cinco cañones; pero de varios datos que posteriormente hemos adquirido resulta que fueron siete las piezas de artillería que en aquella victoria carlista hubieron de entregar los isabelinos al General Zaratiegui, a quien entregaron sus armas un batallón y

tres compañías de infantería, una compañía de artillería de plaza, otra de la Maestranza y unos doscientos cadetes de artillería.

Encargado en el año de 1838 el General carlista Conde de Negri de dirigir otra expedición, salió del Norte al frente de ocho batallones, cien caballos y dos cañones de a cuatro; entre los principales jefes de aquella expedición figuraban el Mariscal de Campo de infantería D. Fernando de Zabala, el de Caballería D. Luis López Delpán; los coroneles de Estado Mayor D. Manuel Crayvinkell, D. Francisco Hidalgo de Cisneros y D. Gabriel de Lacy; los de infantería señores Negueruela, Cuevillas, Durán, Sacanell y D. Raimundo Marquez (organizador el año anterior del batallón de cazadores de Segovia); y el Coronel de Caballería Balmaseda. Los batallones eran el 1.º, el 2.º, el 3.º, el 5.º, el 6.º y el 8.º de Castilla, el de Guías de Burgos y el de Cazadores de Segovia. Con aquellas tropas salió el General Conde de Negri de Orduña el día 14 de Marzo de 1838; pasó el Ebro por el puente de la Aldea (17 de Marzo) sin que los liberales que los avistaron en Santa Gadea pudieran impedirlo. Ninguna particularidad notable presentó su marcha hasta el amanecer del día 21, en que después de haber pernoctado en Casavegas y otros pueblos, tomó la dirección del puerto de Sierras Albas para introducirse en los valles de la Liébana. Seguía sus movimientos el General Latre, que había partido en persecución suya, y dándole alcance en el pueblo de Berdejo se empeñó reñidísima acción, terminada al llegar la noche con volver unos y otros a ocupar las posiciones que tenían por la mañana, si bien los carlistas vivaquearon en el campo de batalla, en medio de un recio temporal de nieve, que les costó mucho daño. Más de mil hombres quedaron fuera de combate por ambas partes, y el General isabelino, que había en él, resultado herido, hubo de resignar el mando en el General Iriarte.

Grandes privaciones sufría la expedición carlista: yertos los soldados de hambre y de frío, tuvo el Conde de Negri que desistir de su proyecto de atacar de nuevo a sus perseguidores para desembarazarse así de un enemigo temible: se encaminó a Lamedo, cuando ya el General Espartero se había



Sr. D. Epifanio Carrión,
Coronel Carlista

dirigido por Palencia a León, tanto para impedirle dominar en aquella parte de Castilla cuanto para flanquearle y derrotarle si el Conde seguía por Asturias.

En aquella situación, el General Conde de Negri, por medio de una hábil contramarcha, llegó a San Salvador, y por Belorado, Villafranca de Montes de Oca, Ezcaray y el puerto de la Demanda, llegó desembarazado de enemigos a Quintanar de la Sierra. Dejó allí sus enfermos, aspeados y prisioneros (pues se había pactado la observancia del tratado de Elliot) y continuó al Burgo de Osma, a San Esteban de Gormaz, y, por último, a Segovia, en cuya capital entró sin oposición ninguna, porque las tropas isabelinas que la guarnecían se encerraron en el Alcázar, prometiendo no molestar en ma-

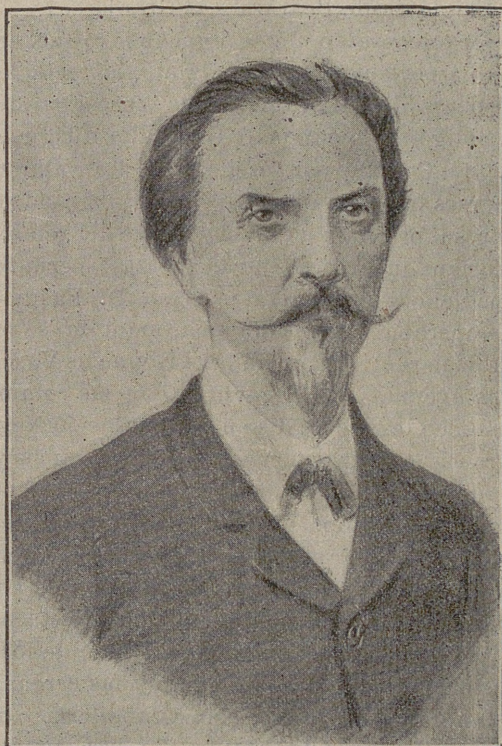
nera alguna a los carlistas mientras estos permaneciesen en la población (6 de Abril de 1838).

En la antigua Corte de Castilla se repararon los soldados del Conde de Negri de sus pasados quebrantos; adquirieron capotes, boinas y zapatos; alistaron voluntarios, requisaron caballos, y se incautaron de los caudales públicos, evacuándola cuando al cabo de cuatro días de descanso pudieron

continuar en mejores condiciones las marchas y contramarchas propias de toda expedición de tal índole como aquella del caballeroso General carlista Conde de Negri, a quien salió a recibir a las puertas de Segovia la Diputación de dicha capital, suplicándole que no hostilizase a las tropas que se habían refugiado en el Alcázar; a lo cual accedió el General carlista, por carecer de artillería de regular calibre con que poder batir aquel fuerte; la población manifestó júbilo grandísimo al ver de nuevo en ella tropas carlistas, que hicieron su entrada en medio de entusiastas vítores y aclamaciones del vecindario; al día siguiente se celebró en la Catedral una solemne función dedicada a la Virgen de los Dolores (proclamada *Generalísima de sus ejércitos* por Carlos V), a cuyo magnífico acto religioso asistieron todos los jefes y oficiales de la división expedicionaria carlista, las autoridades locales, el clero de la Catedral en unión del parroquial y del de muchos pueblos de los contornos, y un gentío inmenso.

Mucha juventud castellana se alistó por entonces en las filas carlistas, constituyendo por todos conceptos un hecho de extraordinario relieve esta segunda entrada de los carlistas en Segovia, de la cual se han ocupado poco las obras escritas sobre las guerras carlistas, por lo cual sólo podemos añadir a lo ya expuesto que el Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala en su *Historia de la Guerra civil* (tomo cuarto, páginas 515 y 516, edición de 1869), dice lo siguiente:

«El 6, viernes de Dolores, después de racionar la tropa, ocupó la cabeza Sacanell, en cuya brigada iba el escuadrón de lanceros mandado por el coronel Arróspide; en las eras de un pueblo del tránsito dijo misa el Canónigo de Calahorra don Manuel Rogues, y se siguió la marcha a Segovia. En este día tocaba de vanguardia a la brigada Sacanell, y propuso al Conde de Negri el asalto de Segovia, pues su brigada se componía de soldados del país y de la ciudad, y el 4.º de Castilla podía dirigirse a la Granja cubriendo su flanco izquierdo y reunirse en Segovia por la carretera: llegó la expedición a la capital a media tarde; se encerró su guarnición en el Alcázar, y salió una diputación de la ciudad a recibir al

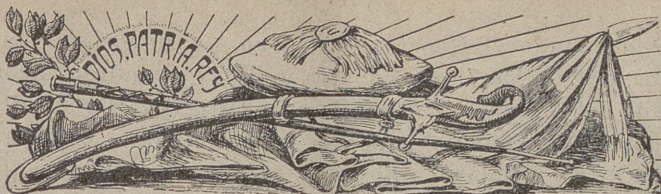


Excmo. Sr. D. Ramón de San Juan,
Brigadier Carlísta

cuerpo expedicionario ofreciendo las llaves a Sacanell; pero éste manifestó no ser el principal jefe y que esperasen su llegada, *pues él entraría con llaves o sin ellas*. Llegó a la plaza, dió los vivos de ordenanza, mandó las compañías de cazadores con el segundo Comandante del batallón de Segovia a las tropas que se habían encerrado en el Alcázar, con el briga-

dier Villapadierna, y convinieron en no molestarse. La fortaleza del sitio hacía infructuosa cualquier tentativa. El 4.º de Castilla se dirigió desde Pedraza a la Granja.

»El deplorable estado de la expedición, que en muchos meses no había percibido sueldo alguno, careciendo aún de lo más indispensable, y la urgentísima necesidad de reponer el calzado, obligó al Comandante General a dirigirse a la antigua corte de Castilla con preferencia a otro punto por los muchos recursos que en ella podía sacar, logrando, además, imponer por su proximidad a la capital del reino, sobre la que se tendrían que reconcentrar fuerzas, permitiendo así que la expedición del General carlista D. Basilio Antonio García, que operaba sobre la Mancha, maniobrara más libremente, y no menos el ejército de las Provincias Vascongadas. Cubiertas las avenidas de Segovia, y con las columnas liberales a unas doce leguas de distancia, estableció Negri varios talleres para la construcción de capotes, boinas y zapatos empleando el mayor número de gente posible; se mandaron sacar los mozos alistados en la última quinta; se hicieron exacciones de dinero para atender a las muchas necesidades del cuerpo expedicionario y dar un tercio, y se nombró un comisionado para la requisita de caballos, destacando una partida a Arévalo, con objeto de apoderarse de los pertenecientes a los nacionales de aquel punto y las cercanías, para aumentar en algún tanto la escasísima caballería, tan necesaria en las vastas llanuras de Castilla. En la Catedral se celebró el sábado de Ramos una misa solemne con sermón y Su Divina Majestad de manifiesto, a la que asistieron los cabildos eclesiástico y civil de la ciudad, todos los individuos del cuerpo expedicionario, con un gran concurso de gente, en obsequio y acción de gracias a la Generalísima del Ejército carlista, cuya función no se había podido celebrar hasta entonces. En este día expidió el Conde de Negri una alocución a los habitantes de Castilla.»



XXVIII

El Perdón

(19 de Septiembre de 1838)

Victoria obtenida por el General carlista D. Francisco García sobre los generales isabelinos D. Isidro Alaix, Virrey de Navarra, D. Joaquín Bayona y D. Fermín de Ezpeleta.

Hacía tiempo que el General carlista D. Francisco García buscaba ocasión de batir a las divisiones de los generales don Isidro Alaix, Virrey de Navarra, y D. Fermín de Ezpeleta, cuando encontrándose el primero de estos en Artajona, y el segundo en Larraga, el día 17 de Septiembre del año 1838, se resolvió aquel General carlista ya citado (Comandante General de Navarra por entonces) a emprender un movimiento desde Cirauqui para hacerles variar de posición, y al efecto dispuso que el Brigadier D Tomás Tarragual, segundo Comandante General de los carlistas navarros, desde el Valle de Echauri, en donde se encontraba a la sazón con los batallones 3.º y 9.º de Navarra, marchase por Belascoain a situarse en Uterga; el Brigadier carlista D. Martín Luis Echeverría, Comandante General interino de la primera División de operaciones, pasando el vado de Sarriá, se colocó en Legarda, con los batallones 1.º, 8.º, 11.º y 12.º, y los escuadrones 1.º

y 2.º, quedando el General García en Artazu con su Estado Mayor, el Batallón 7.º de Navarra y el 4.º escuadrón, acompañado del Brigadier D. Francisco de Ortigosa, jefe accidental del Regimiento de Lanceros, que condujo el escuadrón desde Oteiza, siendo el objeto de su permanencia en aquel punto adquirir noticias positivas sobre si los liberales habían, o no, variado de sus posiciones aquel día: efectivamente, al obscurecer observó que Alaix, con la División que llevaba a sus inmediatas órdenes, se dirigía a Puente la Reina, habiendo interceptado los exploradores carlistas una comunicación, en la que el Virrey Alaix ordenaba al General Ezpeleta que todo lo antes posible avanzase con la División de su mando hasta Mendigorriá, y avisándole la posición de las tropas carlistas por aquella parte.

Entonces concibió el General carlista D. Francisco García la idea de que, una vez concentradas aquellas divisiones isabelinas, tratarían, a la madrugada, de atacar las posiciones carlistas, y con dicho motivo emprendió a las cinco su movimiento, con su Estado Mayor, el 7.º Batallón, cuatro compañías del 2.º Batallón y el 4.º Escuadrón, de suerte que a las siete se había reunido ya con el segundo Comandante General, quien tenía replegados sus batallones por las cercanías de Legarda, para observar al enemigo de frente, según las instrucciones que el General García le había dado la noche anterior.

Serían las nueve de la mañana cuando el Gobernador del fuerte carlista de Santa Bárbara de Mañera anunció con el cañón la entrada de la División isabelina de la Ribera, del mando del General Ezpeleta, en Puente la Reina, y a la media hora, reunidas las dos divisiones liberales, pronunciaron su movimiento por la carretera en dirección a Legarda; y cuando llegaron a medio cuarto de hora de distancia del pueblo, principiaron a disparar algunas granadas, pero infructuosamente, porque de antemano había dispuesto el General carlista García que el 7.º Batallón y la caballería, dejando tan sólo dos compañías en la ermita de Santa Cecilia, inmediata a la carretera, con algunos caballos del 4.º Escuadrón, se retirasen por la misma, mientras que los batallones 1.º,



Excmo. Sr. D. Francisco García,
General Carlista

11.º y 12.º y algunas compañías del 2.º lo verificaban por las alturas de Tirapuz y Amatriain, todos ellos en línea paralela, a replegarse sobre las de Santa Agueda, en las que se encontraban los batallones 3.º, 8.º y 9.º, como puntos destinados a presentar la batalla, pues aunque, sin embargo de la inferioridad de las fuerzas de que disponía el General García, la habría éste principiado desde Legarda, no lo conceptuó oportuno por las ventajas que hubiera ofrecido a los liberales la proximidad de sus acantonamientos; pero observando que los

isabelinos destacaban fuerzas de infantería y de caballería por su izquierda, y que con bastante precipitación trataban de ocupar la sierra de Tirapuz, dispuso que hiciesen alto las dos últimas compañías del 2.º Batallón y la de tiradores del 12.º, y que principiase el fuego de guerrillas, con el doble objeto de atraer al enemigo por medio de una ordenada retirada hasta las posiciones preparadas para lo recio del combate, y proteger la subida del primer Batallón a la altura, pues se encontraba a vanguardia: los liberales avanzaban muy ufanos, persuadidos al parecer de que impunemente conseguirían la victoria, como lo habían pregonado por los pueblos. Un escuadrón de coraceros cargó sobre las guerrillas carlistas; pero éstas le rechazaron con numerosas pérdidas.

Al poco rato desplegaron las divisiones isabelinas en batalla, y ya el fuego se generalizó con los batallones 11.º y 12.º y cuatro compañías del 2.º, durando con ardor por espacio de tres horas sin desistir el General carlista de su propósito de atraer a sus enemigos hasta las últimas posiciones, y al efecto mandó que avanzase el tercer Batallón para retirarse los del combate a recibir municiones, como lo hicieron alternativamente. Cuando ya estuvieron amunicionados los cuerpos, ordenó el General García que el 8.º Batallón reforzase al 3.º por el centro, que se destacara por la izquierda el segundo Comandante General con el primer Batallón, cuatro compañías del 9.º y la de tiradores del 7.º y el 4.º Escuadrón; dispuso que con el obús de que disponía se disparasen algunas granadas, y que el paso de ataque de toda la banda del 8.º Batallón fuese la señal de una carga decisiva, la cual se verificó con tan extremado arrojó, que puesto al mismo tiempo al frente del 4.º Escuadrón el bravo Brigadier D. Francisco de Ortigosa, se lanzó con tal decisión sobre el enemigo, que en pocos minutos le arrolló, y habiendo secundado la carga los escuadrones de los comandantes D. Isidro Lucus y D. Tomás Zariátegui, abandonaron los isabelinos todas sus posiciones, emprendieron una retirada en desorden y concluyeron por dispersarse algunos de sus cuerpos, porque no encontrándose, sin duda, seguros en Legarda, tomaron una porción de soldados liberales el camino de Obanos, mientras que otros nume-

rosos grupos de ellos corrieron despavoridos hacia Puente la Reina, desde donde pudieron observar sus compañeros la completa derrota que sufrieron, toda vez que los carlistas les persiguieron hasta muy cerca de los fuertes de aquella villa, al amparo de cuyos fuertes debieron su salvación la mayor parte de los soldados de los generales Alaix, Bayona y Ezpeleta, porque las masas carlistas que se hallaban en reserva, a pesar de sus esfuerzos no pudieron descender de las alturas con toda la rapidez que hubiera sido precisa para llegar a tiempo de alcanzar todavía a unas tropas como aquellas isabelinas que todo lo abandonaban por asegurar su fuga: así se explica que los carlistas encontrasen todo el campo de batalla sembrado de pertrechos de guerra; más de setecientos fusiles, varias cargas de municiones, una cureña, dos carros baleros llenos de toda clase de proyectiles de artillería; infinidad de piedras de chispa, algunas camillas, el bombo de una música, diez acémilas de brigada, y, últimamente, más de treinta caballos fueron cogidos por los carlistas; los cadáveres de isabelinos que los carlistas enterraron al día siguiente fueron unos ciento cincuenta; también tuvieron las tropas del General Alaix más de ochocientos heridos (entre ellos dicho General y el Brigadier Bayona) y perdieron unos quinientos hombres más que quedaron prisioneros, figurando entre ellos el Jefe de Estado Mayor de la División del General Ezpeleta y veintiséis jefes y oficiales de los regimientos de infantería de San Fernando, de Zaragoza, de Soria y de Almansa y de la Guardia Real de Caballería.

Los carlistas hubieron de lamentar en aquella gloriosa jornada veinticinco muertos, ciento setenta y seis heridos y diecisiete contusos, contándose entre los primeros el denodado Brigadier D. Martín Luis de Echeverría, quien en las primeras guerrillas fué víctima de su valor, dando alto ejemplo al voluntario; el teniente del primer Batallón D. Miguel Urdín y el subteniente del 3.º D. Fermín Enoz. Entre los heridos carlistas lo fueron el bizarro brigadier de Caballería D. Francisco de Ortigosa, que mezclado entre varios soldados de Cazadores a caballo de la Guardia Real recibió dos heridas y siguió peleando: el comandante del tercer Batallón D. Faus-



Excmo. Sr. D. Isidro Alaix,

General Isabelino

tino Urtasun (que falleció luego de resultas de sus heridas); el comandante del 12.º Batallón, D. José Valencia; el capitán del 11.º, D. José María Artagoitia; el teniente del 2.º, D. Pablo Pardo; el de igual clase del 8.º, D. José Valencia; el de 11.º, D. Manuel Bello, y los subtenientes del 1.º, D. José Vehagaina y D. Tomás Ilzarbe; el del 3.º, D. Rafael Vidando, y los del 8.º, D. Hilario Arbeo y D. Valentín Gaztelu.

Digno del mayor encomio fué el arrojo y decisión que demostraron los voluntarios carlistas para conquistar aquella victoria; pero también fué objeto de la mayor loa su generoso comportamiento dando cuartel a todos los prisioneros liberales, a pesar de las tropelías que sus contrarios habían cometido con ocho carlistas y con el cadáver del Brigadier Echeverría que la casualidad puso en sus manos en los primeros momentos del combate. Entre los que más se distinguieron entre los carlistas merecen especial recuerdo el General García, que tan brava y acertadamente les condujo a la victoria, el segundo Comandante General, Brigadier Tarragual, que con los cuerpos que tuvo a sus órdenes dió las más acertadas disposiciones para el mejor éxito de la acción; el Brigadier Ortigosa, que a la cabeza de un Escuadrón arrolló a la infantería y caballería liberales; los coroneles D. Dámaso Berdiel, D. Tomás Plaza y D. Lorenzo Menarguez; el Teniente Coronel D. José Antonio Fernández de Ubago; el Comandante D. Florencio Lara; los capitanes D. Manuel Ayerra, D. Manuel Barrio, D. Victoriano Hita y el Capellán del Estado Mayor don José María Osés.

Posteriormente provocó el General carlista García a nueva acción a los liberales, pero éstos habían quedado tan quebrantados en el combate de El Perdón que se mantuvieron encerrados en sus fortificaciones, a pesar de haber sido reforzada en seguida la División isabelina, llamada de la Ribera.

En la *Galería Militar Contemporánea*, de Madrid, se publicó en el año 1846 una extensa biografía del General don Isidro Alaix, en la que se sostenía que el éxito de la célebre acción de El Perdón había sido favorable a dicho General; pero hasta en las biografías de los generales Bayona y Ezpeleta que se publicaron en Madrid el año 1851, se reconoce que



Excmo. Sr. D. Martín L. de Echeverría,
Brigadier Carlista

aquel combate fué desgraciado para las armas isabelinas, y en ello están conformes todas las historias contemporáneas de España que conocemos.

Examinadas las principales obras que se han escrito relativas a la primera guerra carlista, consideramos oportuno ampliar lo anteriormente expuesto con los párrafos que a continuación se expresan:

El General liberal Marqués de Mendigorriá sólo dice del combate de El Perdón (página 279 del tomo segundo de su obra *Mis Memorias íntimas*) lo siguiente: «En todo el mes de Septiembre (de 1838) súpose consecutivamente el descalabro de Alaix en Puente la Reina y la retirada de Espartero al

—No vacilo,—respondió Floráγγελ, —sino que me quedo, porque es a ella a quien se debe salvar primero.

Clemente se estremeció, pero no era aquel momento oportuno para discutir; por otra parte, en el acento de Floráγγελ comprendió que su resolución era irrevocable, y cedió sin añadir una palabra. Colocó a la pobre Josefina, que no sabía lo que le pasaba, en el ligero trineo, dió una orden que fué obedecida al punto, y el vehículo se alejó. Oyóse algunos instantes el sonido de las campanillas de los caballos, y luego quedó todo en silencio. Clemente y su prima quedaron solos, casi había cerrado la noche, y detrás de ellos seguía rompiéndose gradualmente el hielo bajo el peso del trineo grande que se había quedado junto al sitio donde se hizo la primera hendidura. Renovóse el mismo crujido, y por segunda vez vieron separarse un ancho témpano, arreatado por la corriente, y arrastrando consigo al vehículo abandonado. El espacio invadido por el agua se ensanchaba de un modo horroroso. Terdió una mirada Clemente para examinar si podría atravesar a pie, llevando en brazos a Floráγγελ, la larga distancia que los separaba de la orilla opuesta; pero la obscuridad hacía imposible reconocer el rastro del único sendero que podía seguir, pues fuera de él, la muerte era inevitable, y perderían además el solo medio real de salvación, la vuelta del trineo. No obstante, era imposible permanecer donde estaban, porque el hielo seguía rompiéndose sin cesar. Apenas habían transcurrido algunos instantes, oyóse otro crujido, hendióse delante de ellos, y el témpano en que estaban comenzó a separarse como una isla flotante. De una ojeada comprendió Clemente el único partido que quedaba, y no vaciló: pasó su brazo en torno del talle de Floráγγελ, la suspendió, y al vago resplandor que daba el hielo saltó atrevida y vigorosamente la distancia que los separaba de la superficie todavía sólida. Ya estaban seguros; más ¿quién podía decir por cuanto tiempo? ¿quién podía adivinar si el trineo volvería a recogerlos, si no se había sumergido en aquella obscuridad que sus ojos no podían penetrar, y en que tal vez el hielo se había roto y separado como el que les rodeaba? A no ser así, ¿no estaría ya de vuelta?

Estos pensamientos se sucedían en la imaginación de Clemente con más rapidez de la que hemos empleado en escribirlos, y Florángel, silenciosa e intrépida, medía de igual modo la extensión del peligro, y oraba en voz baja inclinando la cabeza. Apoyada así en él, rozando sus cabellos el rostro de Clemente, hubiera podido oír el latido agitado de su corazón, y sentir temblar el brazo que la sostenía y la mano que estrechaba la suya; más él no decía una palabra, y lo que sentía era extraño: una voluntad de salvarla que duplicaba sus facultades, sus fuerzas y su valor, y al propio tiempo un entusiasmo que no podía dominar pensando que estaba allí solo con ella, que iban a morir juntos, y que no llegaría al término detestado de aquel viaje. Empero aquel momento de egoísmo apasionado y desesperado fué corto: su pensamiento volvió a ella, a ella sola, a salvarla a toda costa. ¿Y cómo? Parecíale que había transcurrido casi una hora, que era inútil ya esperar la vuelta del trineo; creía sentir bajo sus pies el horrible crujido del hielo; veía detras de él el agua sombría. ¿Se arrojaría con ella? ¿Intentaría ganar a nado la orilla, ahora invisible, que habían dejado? Vaciló un momento. No: era exponerla a una muerte segura, y más pronta que la que les amenazaba; valía más permanecer donde estaban, y soportar hasta el fin esta angustia mortal. Quedáronse inmóviles, y aquella muda agonía se prolongó todavía largos minutos. A pesar de todo su ánimo, las fuerzas de la joven empezaban a flaquear, turbábase su vista y sentía en sus oídos un extraño zumbido, hasta que por fin inclinó su cabeza sobre el hombro de su primo, murmurando:

—Me muero... Clemente... Dios os vuelva con bien a vuestra madre...

En aquel momento de angustia suprema, Clemente llevó los ojos al cielo, y la oración que el cariño y la desesperación hicieron brotar de su corazón fué ardiente y pura como la fe de su infancia. Creyó que Dios oía; porque casi al mismo tiempo... ¿se equivocaba?... lejos, tan lejos que apenas se percibía, figuróse oír el sonido de las campanillas. Escuchó sin respirar... ¡Bondad divina!... ¿es cierto?... Sí, sí, no hay duda... el sonido es ya más distinto... se acerca... es el tri-

neo... el trineo que avanza rápidamente, llega... se para, ¡aquí está!

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!—dijo.—Ya está salvada.

Mas cuando Clemente prorrumpió en esta exclamación, Florángel, vencida por la angustia y el terror, acababa de perder el conocimiento en sus brazos. Suspendiéndola, sin que volviera en sí, y con la prontitud del relámpago la colocó en el trineo: allí, mientras que recobraba a medias los sentidos, la estrechó contra su corazón con todo el entusiasmo de su cariño, diciéndola:

—Adiós, Gabriela mía. No me compadezcas porque muero aquí. Dios es bueno, y me evita el dolor de vivir sin tí.—Y luego añadió más bajo:—Gabriela, te he amado más que a nada en el mundo. Te lo digo al fin, porque voy a morir.

Y retrocediendo un paso, dió con voz firme al conductor la orden de partir. Sus primeras palabras no fueron oídas por Florángel sino confusamente, como en sueños; pero esta orden clara y precisa, la oyó, la comprendió, y la hizo recobrar repentinamente el conocimiento.

—¡Partir!—exclamó.—¡Partir sin vos! ¿Qué queréis decir?

—Es preciso. El trineo no puede contener más que a vos y al que le guía. Más peso sería un peligro. Partid sin tardanza.

—¡Nunca!—dijo Florángel resueltamente.—Antes que dejaros, Clemente, pereceremos los tres en este sitio.

—*Es preciso* os digo,—repitió Clemente con fuerza.—Partid: el trineo volverá, y yo os seguiré.

—Es imposible otro viaje,—dijo el conductor.

Clemente lo sabía, y no respondió sino renovando imperiosamente la orden de partir; pero Florángel, no menos decidida que él, se levantó y detuvo la mano que tenía las riendas. De repente el joven conductor saltó de su asiento, y dijo a Clemente:

—¿Sabéis guiar?

—Sí.

—Pues yo también sé nadar. Pronto, colocaos en mi sitio.—Y despojándose a toda prisa de su caftan, que arrojó dentro del trineo, añadió:—Guardadme eso. No tengáis cuidado, ya le recogeré mañana. Sé el camino y el río me conoce.

Y sin vacilar se arrojó a la corriente oscura, mientras que Clemente ocupaba su puesto en el trineo.

Con una resolución que en semejantes casos es la salvación, castigó a los caballos, que partieron al galope atravesando con vertiginosa rapidez el espacio considerable que les separaba de la otra orilla. El hielo, quebrantado por los dos viajes precedentes, crujía y se rompía bajo los pies de los caballos: aflojar un solo instante su carrera, era la seguridad de desaparecer sepultados en el abismo; pero el trineo no se deslizaba, sino que volaba por la superficie del hielo, y la mano que le guiaba era diestra y segura. En menos de media hora quedó hecho el trayecto, y Florángel pálida, transida, extenuada, caía en los brazos de su querida compañera.

Esperábales la señorita Josefina tranquilamente en una sala bien alumbrada y abrigada del aparador, donde había hecho preparar la cena; pero Florángel no estaba en disposición de comer ni de hablar, y su amiga se convenció de que lo que hacía falta era descanso, necesariamente y sin tardanza; no obstante, antes de dormirse, la obligó a tomar una preparación de vino caliente, azucarado, hecha por ella, y luego volvió a reunirse con Clemente en la sala donde había quedado. Entonces y sólo entonces fué cuando supo el peligro de que habían escapado, y que ella también había corrido.

Después de este acontecimiento, la señorita Josefina tomó la resolución de no manifestar sorpresa por ningún incidente de este extraordinario viaje, cualquiera que fuese, y lo mismo que en trineo, se hubiera metido en un globo, a ojos ciegos, a una palabra de Clemente, que cada día le parecía más digno de una confianza ilimitada.

Tal vez él mismo no se daba este consolador testimonio al fin de aquella terrible jornada. Recordaba lo que se había atrevido a decir bajo la presión del riesgo que habían corrido, y se preguntaba con ansiedad si ella habría oído y comprendido aquellas palabras exhaladas de su corazón en el momento en que tan próxima le parecía estar la muerte. ¿Había recobrado los sentidos cuando la dirigía esta última despedida? No acertaba a decirlo, y en esta duda esperó con

inquietud el día siguiente; pero se tranquilizó al ver a su prima franca y serena como de costumbre. Era evidente que no había comprendido, ni acaso oído sus palabras, o bien que la violenta emoción que él no había podido dominar había encontrado una explicación natural y satisfactoria en la extremidad de su común peligro.

Un día entero de descanso necesitó la joven para recobrar sus fuerzas aniquiladas, y después de esta postrera etapa, pusieron de nuevo en camino para no detenerse más hasta el término de su viaje.

III

Mientras que nuestros viajeros recorren las últimas jornadas, les precederemos a Petersburgo, y conduciremos por algunos instantes a nuestros lectores a regiones bastante diferentes de aquellas en que los han tenido los incidentes de nuestra historia.

Había sido pronunciada la sentencia de los acusados, y hacía ya algunos días que eran conocidos los nombres de los cinco condenados a muerte, y circulaban en voz baja, muy baja, porque el proceso que ocupaba a todas las imaginaciones, rara vez era objeto de conversaciones. En esta época, diferente de la nuestra en que la libertad de decirlo todo ha penetrado en Rusia antes quizá que en otra parte alguna, fuese prudencia, servilismo o miedo legado del reinado del emperador Pablo, más bien que del que acababa de espirar, todos se abstendrían de común acuerdo, de expresar públicamente su opinión relativa a los actos del gobierno: hasta la lisonja era prudente, para no ser acusado de promover discusiones de que podía originarse una reconvencción. La autoridad reinante no se curaba de ser juzgada ni aprobada: quería únicamente ser obedecida, y como todos lo comprendían así, resultaba un silencio general sobre todo lo que estaba prohibido, mientras que en cambio en todos los demás, la imaginación de los rusos tenía ancho campo, y tenían tanto ingenio, que el pueblo que se llama a sí mismo el más ingenioso de la tierra, no pudiendo disputársele, se contentaba con decir que ese ingenio era el suyo. En efecto, era incontestable que a pesar de un esplendor y de

una magnificencia de que fuera de allí es difícil formarse idea; que no obstante un perfume de buen gusto y de cortesanía, hoy casi desconocidos; que a despecho de una hospitalidad grandiosa, extraña a nuestras costumbres, y que es uno de los rasgos característicos de los pueblos eslavos, pesaba cierto recelo, inexplicable pero generalmente sentido, sobre todo aquel conjunto seductor y brillante, y se deslizaba por todas partes como un espectro invisible, modificando y dirigiendo el curso de las conversaciones al parecer más irreflexivas, y turbando no sólo las reuniones de la alta sociedad, sino hasta los diálogos íntimos y las más secretas expansiones de la amistad. El marqués Adelardi conocía ampliamente esta sociedad, muy a propósito para él, pues que mejor que nadie podía brillar en ella: sabemos que había pasado su vida en la escuela del silencio forzado, y si en otro tiempo era del número de los que se rebelan contra esta opresión, en la actualidad se había acostumbrado a ella, y ni hacía ningún esfuerzo para romper esta cadena, ni le impedía distraerse.

Sabía mejor que cualquier extranjero navegar en Petersburgo por entre los escollos de la conversación, ser divertido, amable, interesante, y a veces hasta osado, sin poner en apuro a su auditorio con observaciones aventuradas, y si alguna vez la animación de su discurso le arrastraba hasta ciertos límites que era arriesgado traspasar, la prontitud con que sabía leer y comprender la expresión muda de un pensamiento bastaba para hacerle cambiar con negligente facilidad la dirección del discurso en que más entusiasmado se mostrara.

No parecía, sin embargo, estar de humor de hablar la noche en que le encontramos en casa de la condesa G..., mujer de gran talento, y ya de edad en esta época, cuya tertulia era una de las más brillantes, y más justamente codiciadas de Petersburgo. En efecto, todo allí estaba dispuesto para facilitar la conversación de todas suertes, y si había algún sitio en que los límites de que acabamos de hablar, aunque siempre presentes, fuesen invisibles, era seguramente éste, pues lo que en otras partes no se podía decir en voz alta, aquí había mil facilidades para decirlo en voz baja; además, para

las personas que preferían no decir nada, no faltaban mesas donde se pasaba el rato con el wisth o con el ajedrez; y añadamos a esto que un piano, colocado a un extremo del salón, estaba siempre abierto y a disposición de los aficionados, más numerosos entonces que hoy, que ni aun en familia se puede divertir con la música, a menos de poseer un talento consumado. Empero, el marqués, de ordinario tan sociable, estaba aquella noche y en aquella reunión preocupado y silencioso. Habíase sentado solo, en un sofá de un extremo, sin tomar parte en la conversación general; y sin embargo, a medida que la concurrencia llegaba y se formaban grupos, los extranjeros y especialmente los diplomáticos que frecuentaban la reunión hablaban de los asuntos del día, y se oía poco a poco murmurar en varios sitios los nombres de Muravieff, Ryleift, Pestel, y otros dos condenados a muerte con ellos, lo mismo que los de los desterrados que esperaban una pena casi tan terrible como la de los cinco primeros. En esto un joven, agregado a la legación alemana, vió a Adelardi, y sentándose junto a él en el sofá, le dijo a media voz:

—¿Y Waldén? ¿No habéis obtenido dos veces permiso de verle?

—Sí.

—¿Le habéis vuelto a ver desde que se le ha notificado la sentencia?

—No; pero espero obtener ese favor.

—Me parece que se dará por contento delibrarse de la horca.

—De la horca, no lo dudo; pero de la muerte, estoy persuadido de que la encontraría preferible a la suerte que le aguarda.

—¡Pobre! Pero también, ¿qué diablos iba a hacer?...

—¿Entre esos miserables?—interrumpió el marqués de mal humor.—La pregunta es oportunísima, y estad seguro de que yo también se la haría, si su respuesta pudiera servirle de algo.

—A propósito,—dijo su interlocutor;—¿sabéis quién creo que acaba de llegar a Petersburgo?

El marqués le interrogó con una mirada incierta, porque esperaba la llegada de varias personas, y el joven respondió:

--La bella Vera, que vuelve a ocupar su puesto.

--¿Es cierto?—dijo Adelardi vivamente.—En ese caso la veremos aquí, porque me han asegurado que viene a esta reunión todas las noches.

--Sí, pero cuando ha concluido su servicio a la emperatriz. Ya no tardará, porque son cerca de las diez. Nuestra amable huésped es parienta suya.

--Lo ignoraba, conozco poco a la condesa Vera: cuando hace tres años estuve aquí, todavía no estaba ella en la Corte, y la ví solamente dos o tres veces en casa de la princesa Catalina Lamianoff, que a la sazón se hallaba en esta capital; mas no me la presentaron.

--¿En casa de la princesa Catalina? Ya lo creo; como que se decía que quería casarla con su hijo, y en efecto, éste la hizo un poco de tiempo la corte con bastante asiduidad, y parece que entonces la joven condesa no era insensible. ¿Creéis que todavía le ame?

--Lo ignoro.

--¡Pobre joven! La compadecería en ese caso, aunque no es probable que siga amando a un confinado, con tanto más motivo, cuanto que, si quiere, no la faltará quien la consuele.

Oyóse el piano en este momento, y vinieron a buscar al joven diplomático para cantar su parte en un trío que se iba a ejecutar. Esta música improvisada puso fin a las conversaciones que por todos lados empezaban a animarse bajo la impresión causada, no por el delito, sino por el infortunio de los culpables. Todos les conocían, y muchos de ellos habían pertenecido no hacía mucho a la misma sociedad que ahora no se atrevía a pronunciar en alta voz sus nombres. Adelardi se quedó en el mismo sitio, con la cabeza apoyada en la mano, más pensativo que antes. Fingía oír la música, y hasta marcaba el compás maquinalmente; pero pensaba en otra cosa, y no salía de su abstracción sino cuando sonaba la campanilla anunciando una nueva visita: entonces levantaba vivamente la cabeza, y miraba con afán a la puerta; mas a cada nueva aparición, volvía a tomar la misma actitud, por la cual se adivinaba que la persona que acababa de entrar no era la que él esperaba o deseaba ver.

IV

A las primeras horas de aquella misma noche pasaba otra escena diferente no lejos de allí, en un salón más elegante y magnífico que el que acabamos de ver, a pesar de no estar dispuesto para recibir gran concurrencia, sino para la comodidad y el placer de la que le habitaba, pues se veía que pertenecía a una mujer, aun cuando no se notaba gran profusión de bagatelas inútiles o de adornos supérfluos, pero parecía que sus manos no podían tocar nada que no fuera raro y precioso. El oro, la plata, la pedrería, brillaban en todos los objetos destinados a su uso habitual, desde la almohadilla que contenía su labor, hasta las suntuosas encuadernaciones de los libros que se veían sobre el tapete bordado de la mesa, o colocados junto a un gran sillón en un precioso estante de malaquita. Aquel sillón destinado igualmente para la lectura que para el descanso por medio de blandos cojines, estaba cubierto de finísimo encaje, de modo que pudiera reclinar la cabeza la lectora en actitud graciosa y cómoda. Por doquiera se veían flores de todas las estaciones y en tal abundancia como si crecieran en su tiempo y al aire libre, que impregnaban la atmósfera de un aroma exquisito, al cual se unía el de los perfumes más facticios pero no menos suaves, que embalsamaban la estancia.

Si es cierto que, como suele decirse, las casas se parecen a sus habitantes, no costará gran trabajo adivinar quién era la de ésta, y vamos a presentársela al lector, procurando pintarla según relación de los que la vieron en la época de nuestra historia: una mujer en la edad del apogeo de la belleza, y

de quien se decía con exactitud que tenía el porte de una diosa, y el talle de una ninfa, de rostro suave y pálido, pero noble por la delicada finura de sus facciones, atractivo por la pureza de sus tintas y el encanto de su mirada y de su sonrisa, y orlado por una cabellera flotante en largos rizos sobre unos hombros blancos y graciosos. Tal era la que al sonido de una voz varonil y sonora apareció en el salón que acabamos de describir, y se arrojó en los brazos del que acababa de pronunciar su nombre.

Empezaron por cambiar palabras que expresaban el gozo de volverse a ver después de una larga separación de algunas horas, y durante largo rato parecieron no pensar más que uno en otro: sus miradas y sus sonrisas se encontraban, y creeríase que no tenían otra cosa en que pensar en el mundo que en amarse y en decirselo: pero poco a poco cambió de carácter la conversación, ella se puso seria, él pensativo, y respondía con trabajo a las preguntas que le dirigía y a veces repetía con insistencia, como cediendo de mala gana a su propia condescendencia para con ella, y resistiendo a duras penas a la tentación de imponerle silencio. Una vez se levantó y se alejó de ella; mas ella le siguió, asíóle suavemente del brazo, y poniéndose de puntillas, pues aunque era alta, él la llevaba toda la cabeza, le dijo algunas palabras al oído. Mientras que hablaba, operábase un cambio en la fisonomía del que se había inclinado para escucharla, un cambio súbito y espantoso. Observóle ella, y le miró con sorpresa y con una inquietud que hasta entonces no había sentido, y en tanto él, sin responderla, se apoyó contra la chimenea, con los brazos cruzados, grave y silencioso.

Contaba a la sazón veintinueve años, y estaba en todo el esplendor de aquella gallardía que apenas llegaron a alterar los padecimientos, los cuidados, las pasiones violentas de otra época, ni los años mismos; mas entonces, a su alta y noble estatura, a una regularidad de facciones que no hubiera desdenado el más descontentadizo escultor, se unía un atractivo en la fisonomía y un sonido de voz que inspiraba más simpatía que admiración. Hasta entonces, nunca había visto brillar en aquella mirada o turbar aquel acento el resentimiento

o la cólera, y quizá era la primera vez que en presencia de ella lucía en sus azules ojos aquel fuego sombrío y amenazador; así; no se atrevió a preguntarle, y esperó que él rompiera el silencio. Poco a poco se fué calmando aquella expresión terrible, y cambiósese en una profunda y amarga tristeza, hasta que al fin dijo:

—¡Triste principio!—Y después de una pausa, añadió mirando en torno:—¡Querida morada! Tal vez echaremos de menos con frecuencia los deliciosos días que hemos pasado aquí.

—No la dejaremos,—replicó con una prontitud en que se revelaba la costumbre de no ser contrariada:—la conservaremos como está, y volveremos a ella siempre. Pasaremos los días *grandes*, si es preciso, en ese triste palacio de invierno; pero aquí vendremos a pasar los días *buenos*, que en lo futuro serán como en lo pasado.

—El pasado era nuestro,—dijo él moviendo la cabeza;—el futuro no nos pertenece ya. Es preciso entregarnos por completo de hoy más a la patria, a ella es forzoso sacrificarlo todo, todo. Dios lo espera de nosotros.

—¡Todo!—repitió ella con cierto espanto.—¿Hasta la dicha? ¿Hasta la confianza? ¡Oh! no; a esa parte del pasado nadie puede tocarla, y además hay una cosa a la cual jamás renunciaré: al derecho de implorar un favor, o de obtener un perdón —Vaciló un momento y juntando las manos, y fijando sus ojos en los de él con expresión suplicante, añadió:—¿Tampoco seré atendida?

—Para los desgraciados, siempre: para los ingratos, nunca.

Y frunció el ceño al decir estas palabras, dirigiéndose a la puerta; mas ella le detuvo. Había comprendido que era preciso callar, y con esa sutileza que es la diplomacia permitida del amor, cambió súbitamente de conversación, y le obligó a escucharla mientras que hacía proyectos conformes a los deseos que conocía. Se habló de ella, de él, del feliz pasado, del brillante porvenir, de mil cosas, de todo menos de lo que era objeto de las palabras que le había dicho en voz baja, y que tenía empeño en hacerle olvidar en aquel momento.

Se habrá adivinado que estamos en presencia de los con-

sortes imperiales, cuyo inesperado reinado se inauguraba con una insurrección. Era, en efecto, su costumbre reunirse en el palacio Anitchkoff, que habían habitado en los primeros días de su feliz unión, cuando ninguna ilusión del trono se mezclaba a las de su juventud y de su amor. Mucho les costó dejar esta deliciosa morada para ir al palacio imperial, y cuando a ello se vieron obligados por la necesidad de su posición, conservaron como estaban, sin tocar ni cambiar nada, aquellos sitios, testigos de los días que, a pesar del esplendor de la púrpura imperial, continuaron denominando los más bellos de su vida.

Cuando la emperatriz estuvo sola, quedóse un instante pensativa, y luego, acercándose al estante, agitó una campanilla de oro. En el mismo instante se abrió una puerta secreta y apareció una joven, que se paró sin hablar, esperando una orden o una palabra.

Sin embargo, nada indicaba en su actitud la humilde sumisión que hubiera podido esperarse de una dama acudiendo al llamamiento de su soberana; al contrario, la recién llegada reunía a una belleza majestuosa, una mirada que parecería sobrado altiva si no se modificara cuando hablaba. Entonces sus ojos eran ya cariñosos, ya tan vivos que revelaban más pasión que ternura; pero su esbelto talle, sus ojos negros, sus espléndidos cabellos rubios, y la blancura mate de su rostro la hacían tan imponente como hechicera. Esperó algunos instantes en silencio; mas viendo que su señora callaba, se adelantó y dijo:

—¿V. M. se ha dignado y podido interceder por él?

La emperatriz salió de su abstracción, y moviendo la cabeza respondió:

—No hay esperanza, pobre Vera.

—¡No hay esperanza!—exclamó la joven perdiendo el color.—¿Es posible que me digáis tal palabra? ¿Es posible que nada haya que esperar?

La emperatriz, sin contestarla, fué a sentarse en el sillón, tomó un libro del estante, y se puso a hojearle con aire preocupado, como queriendo poner término al diálogo. Los ojos de Vera relampaguearon un instante, y la costó no poco tra-

bajo reprimir una explosión de dolor o de irritación; mas al fin calló, y se quedó de pie junto a una mesa, deshojando con distracción una flor del ramillete que allí había colocado en una copa de cristal. Entre tanto la emperatriz conservaba la vista fija en el libro, y al cabo de algunos segundos levantó la cabeza, miró al reloj, y la dijo:

—Ya no os necesito, Vera: son las diez. ¿Vais esta noche a casa de la condesa?...

—Sí, señora; si V. M. no tiene otras órdenes que darme.

—No, nada tengo que deciros. ¡Ah! me olvidaba: abrid ese cajón, y en él encontraréis una carta.

Vera se dirigió a un mueble que la emperatriz señalaba, y le presentó la carta.

—Encargaos—la dijo—de enviarla a su destino. Es el permiso concedido a la princesa*** de seguir a su marido a Siberia. Mucho me he alegrado de poder hacer a esa heroica mujer este triste favor, y eso que no es ella la sola.

—¡Qué suerte va a ser la de esas mujeres!—exclamó Vera estremeciéndose horrorizada.

—En efecto, eso espanta, y sin embargo, yo las admiro, y las serviré en cuanto pueda.

Vera calló, y algunos instantes después, viendo que su soberana no parecía tener nada que decirle, acercóse gravemente para despedirse de ella. En el momento en que se inclinaba para besarla la mano, la emperatriz la besó en la frente, diciendo:

—Vamos, Vera, no os enfadéis. Para contentaros, os prometo que haré todavía otra tentativa; pero ¿sabéis que sois demasiado generosa al ocuparos tanto de él? porque en realidad no es sólo el emperador quien tiene derecho de llamarle *ingrato*.

El rostro de Vera se encendió, irguióse vivamente, y dijo con voz temblorosa:

—V. M. tiene el derecho de decirme lo que quiera; mas por lo regular usa de ese derecho con bondad...

—Pero ahora os parezco cruel, ¿verdad? Basta, no hablemos más. Buenas noches, y sin rencor.

E hizola un nuevo signo con la cabeza para despedirla: Vera se inclinó, y salió sin añadir ni una palabra.

V

—¡La condesa Vera de Tinigen!

A este anuncio, Adelardi levantó vivamente la cabeza; mas no fué como antes para volver a su actitud, pues al fin aparecía la que esperaba con tanta impaciencia.

Si queremos conocer el motivo, diremos que era la resolución tomada por el marqués aquella misma noche de intentar un paso en favor de su amigo con la condesa Vera, para lo cual érale ante todo indispensable conocer con seguridad la disposición de su ánimo hacia él. ¿Encontraría en ella todavía algún resto de la pasión que tan poco había disimulado al conocer a Jorge, o bien el despecho, el tiempo y la corte habían ejercido su influencia, y el inconstante inspiraba ahora una indiferencia que no podía desarmar el infortunio del culpable? Adelardi se lisonjeaba de averiguarlo en una conversación, con tal que ella consintiera hablar con él, y en cuanto a temer que pudiera eludir su penetración, tenía bastante confianza en sí mismo. Tan luego como apareció la miró con el mayor interés, y con la más escrupulosa atención, pues no habiéndola visto más que dos veces algunos años antes sin haberla hablado jamás, no pensaba que pudiese reconocerle antes de que le presentaran a ella oficialmente.

Vera cruzó el salón sin cortedad, con la soltura y la gracia de una persona acostumbrada a la alta sociedad, y al efecto que produce en ella. Vestía de negro, lo mismo en la corte que fuera ella, pues se obligaba a llevar con un rigor sin ejemplo

el luto del emperador Alejandro, y aquel traje daba mayor realce a su blancura, al rubio tinte de sus cabellos, y sentaba muy bien a su talle, perfectamente simétrico, y más noble que esbelto. Por único adorno llevaba en el hombro izquierdo el lazo de cinta azul, insignia de su cargo, del cual pendía una cifra de diamantes, en que se veían entrelazadas lastres iniciales de las tres emperatrices: Alejandrina, reinante a la sazón; María, emperatriz madre, e Isabel, viuda inconsolable de Alejandro, que tan de cerca debía seguirle a la tumba. Una emoción reciente coloraba aún sus mejillas, y las lágrimas del orgullo mortificado enjugadas deprisa, daban a su mirada una expresión mezclada de melancolía y altivez, que inspiraba a la vez el temor de llegarse hasta ella, y el deseo de compadecerla.

Empezó por acercarse a la mesa en que la dueña de la casa jugaba su partida de wisth. Esta levantó la vista y la saludó con la cabeza amigablemente y sonriendo. Vera, sin tomarla la mano, se inclinó e hizo un movimiento a la vez agraciado y respetuoso, en uso entre señoras en este país, cuando una es de más edad que la otra: tomó la punta del chal de encaje negro que llevaba la condesa, y la llevó a sus labios, permaneciendo un momento de pie junto a la mesa, y paseando una mirada al rededor. No había en ella ni afán, ni curiosidad, ni coquetería: era un nuevo reconocimiento del sitio y de las personas que en él se hallaban, y era fácil ver que no buscaba ni esperaba a nadie, respondiendo solamente ya con un leve movimiento de cabeza, ya con una sonrisa, a los saludos que la dirigían; vió un sitio vacante y dirigióse a él, acercándose así al sofá que ocupaba Adelardi.

Apenas había tomado asiento, acercósela con gran officiosidad el joven diplomático que antes había hablado con el marqués, y ella sólo le respondió con una mirada indiferente y dándole dos dedos de su mano cubierta con el guante. El marqués aprovechó aquel momento para llamar al joven alemán, y pedirle que le presentara a Vera, y no bien el diplomático pronunció el nombre de Adelardi, cuando un recuerdo, vago al principio, y luego tan distinto que la hizo ruborizar, surgió en su mente y pareció causarla un vivo movimiento de turbación:

LA HEROINA DE CASTELLFORT
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legitimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.^A ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

MEDALLAS DE DON JAIME

En aluminium.	0'25 ptas.
En bronce dorado.	2'— »
En plata.	7'— »

La República Española en 191...

MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

por Domingo Cirici Ventalló

DOS Ptas. cada ejemplar

Adjuntando a su importe 0'35 ptas. se manda certificado.

De venta en nuestra Administración

PAÑUELOS DE SEDA

CON EL RETRATO DE

DON JAIME DE BORBÓN

CON DOBLADILLO CALADO Y LA BANDERA ESPAÑOLA

Uno, 1'25 ptas. : 12 ptas. docena

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN